

# LIBROS DE POEMAS EN UN AÑO DE CRISIS (2013)

Francisco Javier Díez de Revenga

*Universidad de Murcia*

**RESUMEN:** En este artículo se da cuenta de las obras poéticas más reseñables publicadas en el ámbito español durante el año 2013. Se repasan tanto las aportaciones de los autores ya consagrados como las novedades de las últimas promociones y se ponen de relieve las distintas tendencias que marcan la evolución poética en la España actual.

Palabras clave: crítica, poesía, lírica, tendencias.

**ABSTRACT:** This article focuses on the most noticeable works of published poetry within the Spanish literary milieu of 2013. In addition to examining the contributions of authors already established as innovators of their craft and highlights the distinct tendencies that characterise the poetic evolution taking place in Spain today.

Key words: criticism, poetry, lyric, tendencies.

No ha cesado en 2013 la dedicación de valiosos poetas consagrados a renovar sus mundos poéticos a través de nuevos libros que han destacado por su originalidad. Pureza Canelo (Moraleja, Cáceres, 1946) publica este año un libro de poemas particularmente singular en Pre-Textos, en Valencia. Su lacónico título es *Oeste*, y en sus páginas recoge treinta poemas en prosa de una cohesión absoluta, ya que es la tierra y el origen los que dan fuerza interior y enlazan estos treinta poemas vinculados al lugar natal, a ese Oeste peninsular que la autora recupera línea a

línea, deteniéndose y explayándose en aquellos tiempos y en aquellos espacios más íntimamente vinculados a su existencia.

Porque hay algo que sobresale en este libro enseguida. En la palabra poética de Pureza Canelo conviven la precisión de un vocabulario escogido con la pertinencia de su verdad para transmitir vida y autobiografía, de manera que el poema es ante todo, y como señalamos, autenticidad y existencia, días vividos e imágenes indelebles que pueblan y enriquecen un patrimonio personal. Y cada poema está construido con su estilo inconfundible, conceptual y lacónico, prescindiendo de artículos y de presentadores, yendo a la esencia de cada palabra, ofrecida en su desnudez, sin artificios inútiles.

Toda lección de gran poesía se crea para por llegar a un lector y comprometerlo y convencerlo, y Pureza Canelo lo consigue estancia a estancia de este hermoso libro, secuencia tras secuencia con estos trozos de vida que son sangre y origen propios, que residen en las entrañas de su autora y en las galerías de su alma y que, con toda su potencia, son transmitidos a su lector.

Un poema, este sí en verso, abre el libro como prólogo imprescindible. Es un poema titulado «Mi Oeste», que procede de un libro anterior, también muy existencial y dramático: *A todo lo no amado*. Y en los lacónicos versos de aquel poema ya se trazaban unas líneas de pensamiento y de vitalismo poético, que se van a prodigar ahora en las treinta estancias de este nuevo libro, en estos treinta excelentes y bien construidos poemas en prosa.

Hay poemas prendidos a un momento concreto que se retiene en la memoria con su luz, incluso con su aroma y sus sonidos. En otros, son los espacios de la infancia evocados como refugio singularísimo (entrañable, la troje, habitual en el campo extremeño), pero ahora, como decimos, refugio de pasiones niñas. Existo a lo grande, se dice en un poema, y es verdad que este libro es una exaltación de la vida desde lo más íntimo (la figura de la madre, presente aquí y allá) y desde la naturaleza que lo envuelve todo con su gravedad telúrica, viviendo y haciendo vivir su variedad y su capacidad de renovación. La creación es protagonista aquí de muchos de los poemas, y los sonidos de la tierra pueblan con su reiterada monotonía real una realidad que perpetúa ese universo propio.

Hay en este libro constantes cavilaciones sobre la propia palabra, sobre la palabra poética creadora de Pureza Canelo, que no pasarán inadvertidas al lector. Palabra también descifradora y el poema representado como una serpiente entre hojas que hablan de consumación y destino. El poema, la escritura, la creación, que siempre ocuparon y preocuparon a Pureza Canelo, vuelven a ser objeto de inquietud en la ansiosa búsqueda de ese poema capaz de eternizar un tiempo, un espacio, una naturaleza, un campo, un lugar amado, entre la inocencia de los años niños y la nostalgia de la escritora de hoy. Palabra en el origen, incardinada

y enraizada en una tierra concreta, mientras el vocablo prende la aventura de la creación: el poema.

Es esta poesía de Pureza Canelo hay también poesía de pormenores y detalles, poesía de las cosas, de los objetos que pueblan la vida y que, con su trivial tosquedad, naturaleza y campo ofrecen pródigamente como signos estáticos de existencia pasada y de vida presente. Un canto rodado, una arcilla, la sombra de una morera en el atardecer, un pozo, un camino, una charca, un establo, una herradura abandonada... Todos y muchos más recuperan mundos de ayer y el testimonio de la autora levanta acta de aquello que permanece y de lo que ya no existe, mientras el tiempo agudiza su tensión entre el recuerdo y la memoria. Y la hiedra familiar, en la casa propia, reinventada en cada tiempo y testigo de días y horas, se convierte en símbolo de fusión, de unidad, de simbiosis vital y extrema, para culminar un libro tan dramáticamente lírico como entrañado en la propia sangre, enraizado en el propio cuerpo y en esa vida que destilan todos y cada uno de sus treinta poemas.

Por su parte, Ginés Aniorte (Murcia, 1960) ha publicado en la editorial Renacimiento, en Sevilla, un nuevo libro de poesía titulado *Liquidación por reformas*, que continúa su ya dilatada trayectoria de excelente poeta, aunque esta nueva obra reviste una característica singular, ya que recoge poemas, escritos entre 2006 y 2009, que no fueron integrados en los libros anteriores, publicados respectivamente en esos dos años, *Los azares* y *Nosotros*. Se añaden además otros poemas que quedaron sueltos y no fueron incluidos en otros libros. Parece como si el poeta al reunirlos quisiese cerrar una etapa en su poética y tal hecho se refleja en el simbólico título del libro, *Liquidación por reformas*.

Declarado esto por el autor, sorprende, sin embargo, que el libro no es una colección heterogénea de poemas, sino que responden, sin embargo, a un mismo impulso, a un estilo que ya es el suyo personal, aunque en los libros últimos haya experimentado un cierto progreso muy original. Pero ahora, en este libro reencontramos el mundo de Ginés Aniorte, como decimos, más genuino y más suyo, el que lo define como poeta.

Por ello no es difícil referir algunos de los motivos que le son gratos: la infancia, el mundo rural, la familia, los seres queridos, que son evocados en escenas del pasado que recupera la memoria junto a otros muchos recuerdos de un mundo ya perdido, lo que acentúa el sentido elegíaco de muchos de estos poemas, recuperadores de personas, de espacios, de escenas, de instantes, que permanecen vivos por virtud de la palabra poética, pero que el tiempo ha borrado inexorablemente.

Y están también muy presentes algunos motivos que reflejan la vertiente más reflexiva de este poeta, definidora de otra de las líneas de Ginés Aniorte, como es la que establece las relaciones de convivencia con los demás, comenzando

con los instantes presididos por el amor, por la intimidad, por la unión entre los amantes, por los episodios diversos que enriquecen esa relación al eternizarse en algunos poemas; pero también sobresalen las reflexiones metafísicas sobre la vida, la muerte y el destino, en momentos que son de diálogo, de convivencia pero también de introspección en busca de una explicación para las inquietudes más personales. El inquietante símbolo del espejo contribuirá a mostrar inseguridades e indecisiones.

Otro espacio, habitual en el poeta y pleno de interés, está nutrido por las escenas de la vida diaria, en las que surgen conflictos, algunos también procedentes de las relaciones amorosas, y que definen una intensa preocupación no exenta de distante ironía, superadora de adversidades y aprietos.

Lo que está claro es que este libro, que según el autor confiesa podría ser “un cajón de sastre”, lo es en cierto modo ya que en él comparecen muchos motivos nutritivos de un mundo poético intenso; pero no lo es tanto porque no son poemas desechables o poemas arrinconados, con los que no se sabe qué hacer. La idea de crear un espacio parecido a una liquidación por reformas, que no por derribo, es lo suficientemente patente y clara para que supere enseguida la condición de material desechable. Y es que en realidad son trozos de vida los que este libro alimentan y enriquecen con su variedad y con sus entrañables reclamos.

Un espacio muy interesante lo constituye en este poemario la reflexión sobre la poesía, sobre el acto de crearla, sobre sus destinatarios y sobre la posibilidad de transmitir a través de la palabra algo al lector. Un magnífico poema en forma de conjunto de adivinanzas define bien lo que para Ginés Aniorte es el poeta, un ser extraño, un tanto fabuloso, por cuya boca le sale el corazón, un personaje que hace sonreír, que clama contra su inevitable destino, en fin un ser que, con su misterio, crea la palabra como su fuese algo mágico. Porque, como en otro poema se dice, el poeta en definitiva es un mago que con su voz desvela misterios, emociones, ilusiones...

Ha hecho muy bien Ginés Aniorte en recuperar estos poemas que si bien reflejan su dilación en el tiempo, concentran, sin embargo, lecciones de vida, escenarios revividos y espacios que fueron habitación de otro tiempo, mientras reflexionan inevitablemente sobre los más profundos sentimientos y aspiraciones del ser humano, ente luces y sombras: amor, vida, creencias, muerte, destino, más allá, la alegría de la convivencia y el encuentro y la tristeza de la separación y la distancia: vida, en fin, evocada en cada poema y sugerida una y otra vez en cada verso.

Otro excelente retorno lo ha protagonizado Eloy Sánchez Rosillo (Murcia, 1948), que publica, en la colección Nuevos Textos Sagrados de Tusquets, su último libro de poemas, titulado *Antes del nombre*, en el que experimenta una notoria

renovación de su mundo poético, tal como viene haciendo en las últimas entregas de su poesía. Sánchez Rosillo ha conseguido en los últimos años incorporar a su mundo poético, consolidado hace décadas, nuevas sensibilidades ante el mundo y ante la vida. Si en los años juveniles predominó la elegía, la moderada angustia ante lo que se pierde con el tiempo, en la madurez es la celebración de todo lo que, a pesar del tiempo, permanece, lo que se evoca con emocionada y entrañable delectación: la luz, el cielo, esas muchachas que fueron y que reaparecen en la memoria, un paisaje, un rincón de una naturaleza, el viento, una leve lluvia invernal, un jilguero, la tarde de agosto, el mar, un árbol, el resplandor del sol en un atardecer, unos gorriones alborotadores, y el alba, el más incomprensible de los misterios del mundo...

Interesa reflexionar sobre el título de este libro, que, como en anteriores poemarios, constituye todo un programa poético. Y en este caso es el nombre el que comparece para designar a su propio autor, pero también es el nombre que sirve para distinguir los objetos, la luces, los paisajes, los momentos o las sensaciones, que el libro prodiga con vitalismo renovado e irrenunciable, para asegurar que las cosas existen, poseen su verdad y su emoción, antes de ser nombradas, antes del nombre que las hará permanentes y eternas. Porque lo que Sánchez Rosillo consigue en este su último libro es eternizar momentos, sensaciones, experiencias existenciales para comunicar a sus lectores ante todo vida, realidad trascendida, que importa al poeta y convence y compromete irremediabilmente al lector

Y para conseguirlo, ese lector fiel se reencuentra con la genuina palabra poética de Eloy, inconfundible, personal, dueña de su propio vocabulario, y dotada de un difícil naturalidad que la hace trascendente. Decir las cosas como se sienten con palabras exactas y definidas y con ello crear un mundo, el de cada poema, en el que gozar de una existencia tan vitalista como entrañable. Hacer llegar al lector tales sentimientos solo es posible cuando la palabra poética consigue trascender del tiempo, y revelarse auténtica, verdadera...

Se oye pasar la vida, porque ella es la protagonista de todo el libro, y cada objeto, cada elemento, cada momento evocados en sus versos transmiten todos vida y verdad, y así se presiente en esos poemas que contienen inteligentes inversiones existenciales, hacia el pasado o hacia el futuro, lo mismo da (sobrecogedores y patéticos son los imaginados tránsitos al mañana incierto, antes y después de la muerte). Son prolongaciones de vida, en definitiva, que quedan impresas en un poema.

Y, por supuesto, está presente en este poemario, como signo de identidad irrenunciable, el paso el tiempo, la sucesión de las estaciones, el mundo que se mueve sobre sí mismo, el nuevo día, desde el alba al tiempo que melancólicamente concluye en el crepúsculo o en el final de una estación que ha sido habitación gozosa para el poeta. Signo del tiempo en el libro lo constituyen los regresos al pasado y

la recuperación de días y escenarios de otra época, que permanecen indelebles en la memoria, prendidos a un objeto familiar, a una lectura infantil (las historias de la sagrada escritura) o a una lectura de ahora (muerte de Patroclo revivida en una tarde de tormenta a través de las páginas del libro preferido).

Pero no todo son gozos, porque hay cosas que no se entienden y que angustian al poeta y, con él, al lector: el misterio del alba, la presencia de la luna redentora, el milagro de la luz reconfortadora de un sol radiante en la tarde, y la soledad, y el silencio, con toda su inquietante placidez. Y la necesidad imperiosa de contar las emociones que se sienten por vivir y sentir las cosas en el mundo, lo que el poeta denomina con nitidez el sentimiento de la vida, en el que dicha y pena, equivalentes, funden en su pecho y su mirada esa emoción que es un secreto sentir casi indecible de que las cosas sean como son y el gozo de poder verlas y entenderlas... y compartirlas con el lector al que van destinadas. Palabra poética única que vuelve a renacer en este libro último de Eloy Sánchez Rosillo, pensado, imaginado y creado antes del nombre.

La editorial Renacimiento, de Sevilla, publica también en 2013 el libro de poemas del catedrático de Literatura Española de la Universidad de Navarra Ignacio Arellano (Corella, 1956), titulado *Risueña enfermedad*, el cuarto de sus poemarios tras *Vivir es caminar breve jornada* (Barcelona, 1991), *Canto solo para Lisi* (Barcelona, 1997) y *Los blues del cocodrilo* (Salamanca, 2006). Naturalmente, la poesía de Arellano no responde a las habituales exigencias de la lírica militante, ya que estamos ante uno de los máximos especialistas en la literatura española del Siglo de Oro y singularmente en su poesía. Decir que Francisco de Quevedo, por ejemplo, se deja sentir en estos poemas es reducir una poesía tan inteligente y original a meras referencias intertextuales, como se dice ahora, aunque hay que reconocer que ya desde el título («Risueña enfermedad son las auroras», escribía Quevedo), y en muchos de la cincuentena larga de los poemas que componen el libro, la literatura clásica áurea, la culta y la popular, están muy presentes en estas composiciones, y el agudo sentido del humor de su autor, su innata tendencia a la ironía más sutil, le permiten evocar experiencias y paisajes pertenecientes a muchos mundos y culturas. No es extraño que el viajero empedernido e incansable que es Ignacio Arellano deje sentir en sus poemas los aires remotos de paisajes americanos o la seductora atracción de una irredenta India junto al Ganges en Benarés, con sus luces sorprendentes y con sus singulares sensaciones metafísicas, cuando la vida y la muerte se confunden con las aguas del gran río.

Sobre los poemas que componen este libro, señala el propio Arellano en una «Nota final» que recoge unas pocas revisiones de poemas que figuraban en libros anteriores, casi siempre descargados de alguna retórica que ahora considera sobrante. “Se insertan, creo, de manera natural en el conjunto de *Risueña enfermedad*”.

Ese afán por deshacerse de recargamientos innecesarios, hace que comparezca el poeta directo y sin rodeos, de manera que el tono desenfadado que algunos poemas manifiestan funciona perfectamente para llegar al lector con ese fino sentido del humor que preside muchas de las composiciones. No ha de sorprender al lector la detenida delectación en el espacio dedicado a la amada, de nombre quevedesco, Lisi, a la que recupera con los términos de un cancionero amoroso clásico áureo, mientras que juega con los tópicos de la tradición amorosa, como el tan traído y llevado de la “amada enemiga”.

Pero también en este cancionero está la amada auténtica como auténticas son algunas de las escenas en las que el amor se recrea con sinceridad, desde la distancia geográfica o desde la distancia del tiempo. Porque lo cierto es que, junto a las experiencias del amor, en el poemario tienen potencia singular las constantes experiencias del recuerdo, y la memoria juega en este sentido un papel lírico decisivo. Como lo hace del mismo modo la tensión el tiempo con su transcurrir imparable que integra el libro en un contexto de metafísica superior y muy intimista, sobre todo cuanto la herida del tiempo se conjuga con la de la propia edad, aunque, en este caso, el balance sea positivo.

Interesa reflexionar sobre la estilística de estas composiciones que se aseguran en la nota final estar caracterizadas por la desprovisión de artificios, recargamientos y retórica que el poeta considera sobrante en esta hora. De manera que surge el poema leve y sutil de expresión desnuda y directa que cohesiona todo el volumen. Desde luego, estamos ante un volumen presidido sobre todo por la propia vida, la existencia recopilada a través de estas bien conjuntadas palabras que en algún momento alcanzan singular originalidad.

Repárese para confirmar el intimismo lírico que este libro impone en los dos poemas que lo inician. El primero con su protagonista ante «El espejo» y el segundo, «Eterno retorno», en ese momento culminante de la noche en que el guerrero cansado sabe que al día siguiente todo volverá a empezar y estaremos ora vez como al principio. No ha de pasar inadvertido al lector, en el mismo sentido, el poema más impar de todo el libro, las «Variaciones sobre la vida del amanuense», que ha de suponer un colofón decisivo a todo el poemario con sus líneas poéticas distendidas, con su tono de apuntamientos que lo que hacen es confirmar que en este volumen es la vida la que lo domina del principio al fin, vida que deviene en un decisivo y agudo vitalismo que puede llegar a interesar e incluso a atrapar al lector.

Otro regreso lleno de existencia lo lleva a cabo Pascual García (Moratalla, 1962), que obtuvo el Premio Francisco Sánchez Bautista de poesía por su libro *La fatiga y los besos*, publicado en Madrid Ediciones Vitrubio en su colección de poesía. La dilatada trayectoria literaria de Pascual García alcanza con este libro una cota muy singular, ya que en sus poemas rescata un tiempo vital lejano, en

un entorno rural y ahora recuperado con detenido detalle. La tierra, el trabajo, el hogar rústico y sencillo, la reiterada exigencia de la cotidiana labor, la noche, el amanecer, la lumbre y los alimentos serán los protagonistas del libro.

Pudiera parecer, al comenzar la lectura de este libro que su testimonio de un tiempo quiera ser una recuperación de una serie de cuadros y escenas costumbristas, en las que lo antropológico se combina con lo nostálgico. Pero nada más alejado de la intención del poeta, cuyo alegato se trueca en análisis severo de un tiempo con el que Pascual García está visceralmente comprometido y cuya denuncia, la de aquella sociedad injusta y desequilibrada son el fundamento de esta declaración de un testigo de cargo, que guarda en su memoria los días de una infancia rural en una España atrasada e injusta.

Sobresale en esta poesía no solo su incursión social en la miseria de aquel tiempo sino también el doloroso placer de revivir aquellos días y a sus protagonistas, hombres y mujeres de un mundo deprimido que libraban su particular lucha por la vida en el campo o junto a la lumbre del hogar nocturno, con reducidos espacios para el placer y los besos, como si estos fueran el único refugio posible de tanta desolación.

No existe la poesía realista y el realismo no es compatible con la efusión lírica de un sentimiento y de una comunicación; pero la vida lega recuerdos indelebles que reviven autenticidad y verdad de tiempos no tan remotos porque siguen vivos en la memoria, con todos sus desvelos, con sus sombras y sus tristezas. Vida, muerte y destino comparecen en estas evocaciones como entes metafísicos que se enlazan con los trabajos y los días de una sociedad, mientras se denuncian verdades sociales, trabajo, emigración, dinero y ninguna esperanza. Porque, como el poeta afirma al final del libro, son vidas sin memoria y muertes para el olvido, seres que poblaron una España y cuyo recuerdo desaparece con el tiempo tan inexorable como la misma muerte.

Destaca en este poemario de Pascual García, como signo indiscutible de autenticidad, la verdad de los cuadros rescatados en sus poemas, enriquecidos en el detalle descriptivo: labores del campo, angustias ante el clima descarnado y cruel, reuniones familiares, comidas pormenorizadas y viajes a ninguna parte en busca de la subsistencia, mientras las inclemencias del tiempo contrarían existencias y marcan lesiones imborrables, cicatrices de un mundo rural deprimido, de una sociedad tan injusta como severa que existió entre nosotros.

Solo lo justo: el pan, el agua, la camisa vieja y el pantalón raído, la casa pobre y fuera el invierno helado o el ardor de las piedras en verano hasta que el sol cae. Mientras, en la noche buscan los cuerpos el amor a pesar de la fatiga, seres anónimos que entonces son héroes de un paraíso oculto que solo ellos conocen. La fatiga y los besos se alternan en estos poemas que, sin embargo, no ocultan una

cierta nostalgia de los escasos momentos para la esperanza que también los había. Sin más fe que en la propia naturaleza, en el amanecer, en la lluvia, estos rurales héroes anónimos no saben que lo son, aunque, como bien apunta Pascual García, un día un poeta, menor y compasivo, cantará sus hazañas anónimas y escribirá unos versos que contengan su epopeya humilde y cotidiana.

Los versos de Pascual García se distribuyen así en treinta poemas, treinta silvas de elegantes combinaciones versales, que se forjan con una palabra poética viva y enriquecida por la propia memoria vital, detallada en sus referencias y enjundiosa en su expresividad porque está nutrida por la más acendrada autenticidad. Y son, desde luego, treinta trozos de vida en un conjunto cohesionado, unitario, comprometido con un tiempo y una sociedad rural que existió y que ahora el poeta eterniza con su verso dotado ante todo de entrañable compasión, de humanísimo compromiso con los más débiles, lo que no impide, sino que promueve, que algunos de estos poemas sean auténticos testimonios de un tiempo y una sociedad, dignos de ser recordados en su miseria y en su verdad.

José María Micó (Barcelona, 1961), catedrático de Literatura Española en la Universidad Pompeu Fabra, logró el Premio Internacional de Poesía Generación del 27, con su libro *Caleidoscopio*, que también en este año publica Visor en su prestigiosa colección de Poesía. Lo primero que llama la atención de este libro es su heterogeneidad aparente, dado que los poemas se agrupan en numerosas secciones compuestas por pocas composiciones. La más nutrida contiene ocho, y las menores tan solo uno, que es lo que ocurre con la inicial y la final. Pero más insólito aún es el nombre que reciben estas nueve secciones tan solo con un sustantivo, lacónico pero muy expresivo: principios, destellos, materias, sonidos, ensueños, momentos, avisos, visiones y finales. Más sorprendente aún es que «Principios» y «Finales», así en plural tan solo contienen un poema, como hemos adelantado, un poema cada una pero el mismo poema, titulado «Generación», en dos versiones: la inicial será idéntica a la final, en la que se añaden tan solo dos versos nuevos: “Mi mano es una perra caliente que te muerde, / y ya no queda sitio para sus dentelladas”.

Las titulaciones de las distintas partes aluden, como no podía ser de otro modo, a los contenidos, variados y multiformes poemas que responden muy bien al título del libro: *Caleidoscopio*. Es como si el poeta quisiese ofrecer una visión caleidoscópica de la realidad, múltiple y variada como lo es la realidad misma, aunque, al contrario que el caleidoscopio, quiera mostrar una verdad que el caleidoscopio deforma. Reconocemos en su autor, en estos poemas y por muchas también diversas razones, al prestigioso profesor e investigador de la literatura española e italiana, especialista en el Siglo de Oro, en la poesía de Góngora y traductor, cuya versión de *Orlando furioso* de Ariosto, fue valorada como la mejor del año de su publicación y como la mejor del poeta italiano.

Lo cierto es que los poemas son caleidoscópicos y a través de ellos podemos descubrir un dramático viaje al interior del poeta, conseguido con los más diversos instrumentos poéticos (espléndidos poemas en prosa —especie bien rara entre nosotros—, poemas de un solo verso, letras para cantar tangos, poemas con rima o sin rima) y lingüísticos (un poema en catalán y otro en italiano, con sus perfectas traducciones al español).

Un singular espacio tiene en este libro la música. Ya lo hemos adelantado, dos letras para un tango, antitéticas pero muy expresivas y dramáticas, un homenaje al guitarrista flamenco Diego del Gastor y una escalofriante evocación del gran Albinoni y uno de sus adagios confluyen en el poemario con un tiempo de historia, quizá en la sección más valiosa de todo el libro, la acogida con el título de «Momentos», historia personal fijada en el tiempo de un horario concreto de un día cualquiera, exactamente de una de una mañana, en cuyas ocho estancias podemos entrever autobiografía y hastío, mientras las metáforas se radicalizan en un expresionismo lingüístico agresivo y provocador. Memoria de caminante que se agudiza en la sección contigua, la titulada «Avisos», con un espléndido y delator «Fin de este mundo», que cualquier lector de cierto determinado gremio suscribe desde el primer verso hasta el último. Aunque muchos de los poemas de las secciones finales avisan de los enemigos de siempre (transcurrir imparables del tiempo, inexorable ley de la muerte...), otros espacios revelan entusiasmo, como propone el texto central del libro, «Caleidoscopio». Un buen ejemplo es el poema «Ver a Marta nadar», que inicia la sección de *Destellos* y que transmite entusiasmo, sensualidad, plenitud y vida.

En todo caso es «Caleidoscopio», como hemos adelantado, un poema central en el libro, porque a través de sus cristales confirmamos las visiones de realidad que en todo el libro confluyen, y es esta composición, en cierto modo, la que graba la reflexión existencial, enmarcada entre esos dos poemas casi idénticos que se sitúan al comienzo y al final del libro, de manera que se ha creado una estructura circular para contener la consumación de lo vivido. Por eso advertimos cuánta insatisfacción surge tras la mentira del mundo, lo que determinará la propia reacción del poeta ante sus agresiones. A la angustiada pregunta de qué hay detrás de la luz, las respuestas se suceden en el poema central desvelando un mundo que fue y que se evoca, pasado el tiempo, aún con más insatisfacción, como en un caleidoscopio, que transforma y falsifica la realidad: “Todo es ahora / un pozo de colores, / un mundo encajonado que adormece. / En su fondo hay más luz...”

Teresa Vicente (Murcia, 1957) publica en Sevilla, en Renacimiento, su libro de poemas *Dispárame vida*, en el que continúa una trayectoria iniciada en 2010 con el volumen *Enraizó el agua*. Es la poesía de Teresa una poesía de la experiencia en el mejor sentido de la palabra, ya que se nutre de trozos de vida, de emociones vinculadas a espacios y lugares concretos, a sensaciones determinadas o a

momentos indelebles. Su poesía es de existencia y de vida sobre todo, porque son los fragmentos de su propia historia los que han dado cuerpo a estos espléndidos poemas, cuadros conformados con latidos diarios.

Estructura Teresa Vicente su libro en cinco secciones, agrupando en ellas distintas exigencias temáticas, distintos impulsos de contenido. Si en la primera, titulada «Gyné», se afirma la identidad de la mujer a través de sus ocho poemas, la segunda, denominada «Amore», acoge nueve variaciones sobre el amor, la convivencia, la relación con el amado, los encuentros y los asombros ante el día a día de la armonía y la concordia, desde la ternura a la pasión. Una tercera parte, bajo el prestigioso epígrafe simbolista de «Spleen», acoge doce espacios para la nostalgia, para la melancolía, para el hastío: el dolor, el sueño, la tristeza y el olvido protagonizarán alguno de los mejores poemas del libro. Siete son las composiciones que forman la cuarta sección, «Perte», elegíaca conjunción de siete trenos en los que la muerte y la despedida son protagonistas de poemas singularmente sombríos y emotivos. Por último, «Still life» acogerá doce poemas gozosos en los que escenarios cosmopolitas compartirán espacios y eternizarán momentos únicos, desde un Adriático espléndido a una ciudad de Nueva York sorprendida en su más rabiosa cotidianidad.

Un texto de Soren Peñalver, “admirado ante la diversidad originaria” del poemario, cierra este libro tan vitalista como variado y en él se afirma algo que define muy bien la calidad de sus poemas: “la tarea de lector aplicado [...] en alcanzar las fuentes literarias y circunstanciales de una obra [...] resultará estéril si pasara de largo la ternura, la piedad y la capacidad de amar que peinan y perfuman a todos y cada uno de sus versos”. Y es muy cierto que cada poema es un mundo y la existencia que cada poema contiene, como decíamos al principio, define la autenticidad de su contenido. Graduados los sentimientos en esas cinco estancias antes especificadas, podemos advertir cómo Teresa Vicente brilla en su poema desde el gozo a la tristeza, desde la alegría de la plenitud vital al ensimismamiento, al intentar entender lo incomprensible, lo inevitable, todo lo que irremediablemente perece. Pero no es este un poemario triste, aunque algunos de sus espacios sean dramáticos y aun patéticos, porque por encima de las adversidades están los regalos de la vida, las dádivas de un mundo completo.

Hay poemas que se destacan en su singularidad y llegan a ser un revulsivo con el que conmueven y comprometen al lector, como lo hacen todas y cada una de las composiciones del libro. Pero algunos poemas acentúan la complicidad entre poeta y lector hasta atraparlos en su dureza y en su realidad. Obsérvese que hay poemas titulados dolor, rabia, tristeza, olvido, aborto o tránsito. Y si bien en unos se desarrolla el singular *spleen* de Teresa Vicente, en los otros son los momentos más tristes de una existencia los que dan forma a las reflexiones poemáticas.

Acaso esa sea la virtud más destacable de este poemario que quiere ser ante todo un canto a la vida, esa vida que figura en el título del libro junto al agresivo imperativo dispárame: *Dispárame vida*, que no es poco. Porque vida y solo vida contienen los poemas de cada una de las cinco partes del libro, pero en algunos de ellos la vida es gozo y ansiedad creadora, sobre todo en las composiciones que forman el espacio del amor. Vida y sensualidad, sentimiento y unión, fusión vital y encuentro, matizando estancias en las que el amor es siempre lozano, estimulante, regenerador, esperanzada realidad creada en la convivencia y en el destino, que imparablemente une a dos seres creados para ser uno.

Hay una imagen en este libro tan sugerente que parece simbolizar el sentido del poemario y a su autora. Soren Peñalver, en su texto epilodal, la ha recordado también. En un poema central del libro se alude a la angustia del pájaro que no sabe dónde posarse. No es solo una imagen acertada y eficaz, es todo un símbolo de una manera de entender la existencia. Quizá los poemas de este libro no han sido escritos sino para desentrañar lo enigmático de ese símbolo cenital en este estimulante libro de poemas.

Ariadna G. García (Madrid, 1977) contribuye a la poesía del año 2013 con su libro *La Guerra de Invierno*. La denominada Guerra de Invierno estalló cuando la Unión Soviética atacó a Finlandia el 30 de noviembre de 1939, tres meses después del inicio de la Segunda Guerra Mundial. La resistencia finlandesa se opuso a las fuerzas soviéticas, y el país aguantó hasta marzo de 1940, cuando se firmó un tratado de paz por el cual cedieron parte de su territorio a la Unión Soviética. Son pertinentes estos datos históricos porque los hechos bélicos evocados y la guerra en cuestión dan título al libro de Ariadna G. García quien, en efecto, reúne en *La Guerra de Invierno*, un poemario con el que obtuvo Premio Internacional de Poesía Miguel Hernández, que publica en Madrid en su colección de poesía la editorial Hiperión.

Se trata desde luego de un poemario muy original aunque heterogéneo, ya que en el confluyen por un lado la experiencia geográfica de un viaje detenido a Finlandia en el más crudo invierno y, junto a una apasionada historia de amor, la referencia histórica al conflicto militar entre Finlandia y Rusia junto a un decidido viaje también hacia el interior del yo lírico, que desde luego es también yo autobiográfico, representado por la enamorada viajera que se entusiasma ante lo que ve y ante la historia que se ha vivido no hace mucho en los mismos amplios y prodigiosos escenarios evocados.

Asombra, como hemos adelantado, que, en un poemario donde todo es placidez y gozo de la vida y del amor, sensualidad y percepciones estimulantes, comparezca el recuerdo de una guerra sangrienta y especialmente cruel desarrollada en los helados campos de un país que volvía a sufrir el martirio de la invasión y la opresión. Quizá, en el contraste entre el disfrute pleno de al amor, plácido y

sereno, en unos paisajes envidiables, y el horror de la guerra esté la mayor virtud de este libro originalísimo, escrito con pasión y con detenimiento, con un estilo claro y sosegado, formulado en composiciones poéticas de una entereza especial, singularmente aquellos poemas en prosa que reflejan historia y pasado épico, o los brevísimos e impresionistas poemas finales que revelan concentración e intensidad pero acaso muestran, aún más, gozo.

Desde luego, predomina Finlandia, con sus nieves casi perpetuas, con sus bloques de hielo, paisajes, ríos, helados árboles y ambientes que adquieren metafórica reflexión alusiva al propio viaje interior que todo este libro transmite. Lírica y épica se compensan adecuadamente en la estructura del poemario y el verso sucede a la prosa cuando la historia y los personajes de la historia comparecen en el libro con su tragedia y en este sentido destacan la evocación de las proezas del francotirador Simo Häyhä, o el monólogo del patinador y campeón olímpico Birger Wasenius, caído en aquella horrorosa contienda.

Quizá el poema más representativo de esta fusión estética sea el titulado «Catedral luterana de Turku», que comienza con una afirmación absoluta: “Es el ciclo anual de muerte y vida / de la naturaleza”, a la que sigue la presencia de unos grandes bloques de hielo descendiendo sobre la superficie del río cercano, mientras las viajeras amantes se abrazan junto a la puerta entornada de una sólida catedral, resistencia y memoria frente al tiempo. En su interior suena el Réquiem de Mozart, que suplica permanencia y suena a infinito, el mismo infinito que buscan las enamoradas para su amor, cuando quieren “detener este instante / suspenderlo, clavarlo”, mientras los bloques continúan deslizándose sin descanso río abajo... Lección de vida, de muerte y de más allá que revela la intensidad metafísica de muchas de estas reflexiones poemáticas.

Dividido entonces en tres partes y un epílogo, *La Guerra de Invierno* de Ariadna G. García pone de relieve la capacidad de su autora para compensar paisajes remotos, el relato amoroso y la historia, mientras manifiesta igualmente la calidad estructural de un libro que es ambicioso en su proyecto creativo, al abarcar elementos muy variados bajo un tema común (Finlandia). Todo ello confirma la destreza de Ariadna para construir un poemario y crear una obra conjunta, cohesionada y sólida, inevitablemente atractiva para el lector que no sale de su asombro al ver tantos y tan variados componentes debidamente coordinados y ofrecidos al lector para comprometerlo en reflexiones que son la identidad misma de su autora, la propia introspección del yo lírico y, desde él, alcanzar una conclusión tan lacónica como lapidaria, la de su último poema: “El espejo glaciar se ha derretido. / A lo lejos redobra / la intensa partitura de las aguas”.

Una interesante incorporación en 2013 la representa Antonio J. Marín Cano (Cieza, 1973), que publica, en la Asociación Cultural Visigotia, de Cieza, su libro de poemas *Mirar el mundo*, un poemario dotado de una originalidad que nos

muestra a un poeta sincero y auténtico, sin artificios innecesarios, directo y capaz de crear unos poemas exquisitos conjuntados en un libro uniforme y cohesionado. Los versos son elegantes y tienen buen ritmo, están contruidos sabiamente y crean también un estilo, en el que el verso libre de medidas breves se ve sometido por estructuras clásicas reiteradas con contención. Es lo que ocurre con los frecuentes endecasílabos bien acordados que vertebran muchas de las composiciones del poemario, cohesionadas al mismo tiempo por complementos rítmicos que armonizan intensamente poemas concebidos en libertad.

Respecto a los contenidos, hay poemas muy buenos por sinceros, sobre todo aquellos que tienen que ver con el mar, pero también todos los que reflejan la angustia del paso del tiempo y la nostalgia de momentos mejores ya transcurridos.

Están presentes muchos elementos temporales con su propia nomenclatura como las estaciones, verano, invierno, otoño... o los meses del año. Cada elemento temporal provoca inevitablemente reacciones nostálgicas, de añoranza de otros días, regresos al pasado entrañables y bien logrados... porque, en efecto, son valiosos los reflejos de otros tiempos, la memoria y los recuerdos, imágenes remotas que se reviven en el presente. Valiosos también resultan los sentimientos de relajación y goce de la naturaleza, del ambiente y en esa contextura el mar juega un papel decisivo, pero no solo un mar escenario o paisaje, sino también un mar sentido en el propio cuerpo, percibido en su temperatura y en su tacto... Como señala Juan de Dios García en las palabras que prologan el libro, el poeta “quiere vivir muy cerca del mar y reinventarlo. De estrofa en estrofa, anclando textos y embarcando imágenes dibuja un recorrido por la costa donde ha decidido echar raíces, despliega toda una escenografía de arrecifes, brisa, algas, rocas, arena, gaviotas...”

Es muy interesante, y original, todo el juego de imágenes, muchas de ellas extraídas de la vida cotidiana e incluso actual, lo que otorga al poemario una lozanía no fácil. Pero todo está mediatizado por una permanente nostalgia que determina, en muchas ocasiones, la propia visión de la naturaleza, dosificada siempre por el sentimiento del paso del tiempo, los recuerdos y la añoranza de otras etapas, evocadas con verdadera emoción. Porque quizá del libro completo lo más convincente, en todo caso y sin desmerecer otros hallazgos, es la emoción del tiempo que lo conjunta y cohesiona. Pero son otras muchas las sensaciones que pueblan y dan fuerza a estos versos, y no lo es menor la que refleja el gozo de compartir visiones y emociones con el ser que completa la circularidad del libro, destinataria de muchas de las evocaciones, cuando el amor se anuda en la garganta, escondida en ese tú, pronombre que declara que el poeta no está solo y que su dicha es en muchas ocasiones compartida en plenitud. Como lo es también la metapoética referencia ocasional al acto de escribir, al momento de crear esta droga de versos, esta alfombra de piel de poema, ese hilo que cose las palabras de poeta y anuda su voz.

Estructurado el volumen en tres partes, se inicia con un singular regreso a la infancia para descubrirnos al niño de nueve años poetizador de ranas y evocador de indelebles sensaciones de cálida ternura, que definen al sujeto lírico, librivoro impenitente como un claro devorador de naturaleza y tiempo. Y son las dos partes restantes del poemario las que van a desplegar los dos temas básicos que lo cohesionan, que, justamente, se van a resumir en los dos últimos poemas del libro, titulados muy significativamente «Mirar el mundo» y «Tempus» y conclusivos para unos espacios poéticos de indeclinable ansiedad: sentir la naturaleza como algo propio dotado de gozosa felicidad cómplice, pero al mismo tiempo con el inevitable sentimiento elegíaco de que todo transcurre y pasa y que las estaciones, los meses, los veranos recordados, y los objetos con los que convivimos día a día (unas fotografías, una vieja máquina de escribir) revelan que el mundo sigue su camino pero también que el poeta es capaz de eternizar para sí mismo, para su lector, para tantos otros, con su palabra momentos indelebles, gozosas sensaciones revividas en la memoria. Un primer libro en definitiva que anuncia un poeta con estilo propio dotado de difícil autenticidad.

Como sobresaliente reincorporación hemos de considerar el regreso de David Pujante (Cartagena, 1953), que da a conocer, en Renacimiento (Calle del Aire) en Sevilla, su libro *Animales despiertos*, tras once años de silencio poético, a pasar de haber obtenido con sus libros anteriores un reconocimiento unánime entre los críticos más exigentes. Pero no es extraño este largo tiempo de silencio, ya que el nuevo libro abre perspectivas hasta ahora ignotas en el mundo poético de David Pujante y nos ofrece un libro complejo, sabiamente estructurado en cuatro secciones, precedidas de una «Duda previa» y cerrado el volumen con una nota aclaratoria en prosa, en la que el poeta concluye el mundo recogido en su obra con una serie de precisiones reveladoras.

La idea inicial del libro era evocar el mito edénico fundacional del animal que despierta al conocimiento. Los animales despiertos, a que alude el título del libro, no son sino esos animales con conciencia, que sienten la soledad y temen la muerte, pero que también son los únicos capaces de reír y de ajustar los movimientos del cuerpo a la música. En definitiva, el ser humano que se cree que llegará a ser un dios, pero que está intensamente limitado por tantas preguntas sin horizonte. Es cierto, entonces que la primera sección del libro, titulada «El mito y el misterio», y formada por dos extensos poemas, pretende captar el concepto originario de ese animal despierto, entre el mito y el misterio, desde el edén en el que surge en su origen paradisiaco hasta ese peregrinar inacabable entre cenizas y crepúsculos hasta llegar a la paz de la inconsciencia y de la piedra. Trayectoria patética de su ser desorientado y vacilante, inseguro y castigado, que representa trágicamente la conciencia el bípedo que todo lo observa, en angustia y tristeza desde la orilla de lo humano.

Señala Pujante que cuando se plantea un libro parte de una idea matriz que lo centra y justifica, pero que luego van surgiendo ramificaciones que enriquecen ese núcleo inicial con nuevas perspectivas, con nuevas dramáticas exigencias de expresar un mundo sin duda convulso, el que provoca la vital conciencia del ser humano. Y en cierto modo, la estructura del libro, que antes destacábamos, revela esta urgencia expresiva del poeta, ya que las dos secciones subsiguientes («El hombre en su límite» y «El sueño») responden a una ansiedad de diversidad dentro del orden establecido en el poemario y marcado por los dos extensos poemas de la primera parte. La cuarta y última sección («El nudo») acoge un solo poema nutrido y poseído por una masiva entonación interrogativa con la que las preguntas de siempre se suceden en una apasionada necesidad de conocer lo que es incognoscible, y que recuperan estilos poéticos muy prestigioso desde fray Luis de León a Unamuno y al Dámaso Alonso de *Hijos de la ira*, sin que la serenidad de David Pujante, al expresar con estas preguntas su necesidad de conocer, se corresponda necesariamente con la angustia y la ira de los maestros mencionados, porque Pujante sabe de ese nudo que nos ata que no es otro que el gozo y la desdicha del amarre a la vida.

Y vida contienen, ante todo, lo poemas que nutren las dos secciones centrales del libro, en la que se producen reencuentros trascendentes no solo con la vida propia sino con la historia de la vida de otros que dejaron una huella indeleble en el tiempo. La contemplación de una fotografía en la que posan diversas personas, que el tiempo va borrando, deja ver todavía con claridad la imagen del propio poeta aún no borrada por la inexorable ley que ha diluido a los demás. Una fotografía será también suficiente para entrar en el mundo interior de Federico García Lorca a través del rostro de su madre, mientras que Miguel Ángel y Vittoria Colonna envejecen retirados del mundanal ruido. La música de Bach suena para los insomnios del conde Keyserling, interpretada por el teclista Goldberg como símbolo en el libro de la cumbre del conocimiento humano y de la creación musical más sublime de todos los tiempos.

No podía faltar, por último, en un libro poético tan intenso y tan complejo como este, la reflexión sobre la propia escritura, tal como se hace en el primer poema del libro, *Necesidad bastarda*, en el que son también las interrogaciones las que abren el libro para mostrarnos al poeta que indaga sobre la eterna duda, aquí denominada “duda previa”: ¿Para qué escribir?, mientras transcurre la eterna tarde de un tórrido verano en el Valladolid que es habitación para la existencia de este poeta complejo y profundo.

Julia Uceda (Sevilla, 1925), tras una larga y dilatada trayectoria de poeta original, de profesora e investigadora, habitante en EE. UU. y en Irlanda, ahora en Galicia, da a conocer en 2013 su último libro poético *Escritos en la corteza de los árboles*, que publica la Fundación Lara, en Sevilla. Reúne el volumen una serie de

poemas de extrema complejidad que se presentan como impresiones ante realidades vividas recientemente o en el pasado, desde el más cercano al más remoto. Porque la tensión del tiempo en este libro es muy intensa, ya que son los recuerdos los que formalizan las representaciones poemáticas. Aunque esos recuerdos no son unos recuerdos al uso, sino impresiones en el tiempo escritas en materiales de consistencia discutible como lo pueden ser esas cortezas de los árboles, mítico reflejo metafórico de singular inestabilidad.

Representa este nuevo libro de Julia Uceda una inmersión total en el interior de su espíritu para, con un lenguaje singular, dar a conocer inquietudes que superan lo meramente racional y definir lo que la poesía en realidad es para la autora: más que una forma de comunicación o de conocimiento la posibilidad de dar forma en ella a experiencias en las que la memoria juega un papel esencial. El acierto está en llegar al lector para atraparlo y comprometerlo en reflexiones que ponen de relieve que la poesía, para ella, es un acto de la memoria que no siempre permite el acceso a sus rincones perdidos.

No suelen los poetas explicar su poesía. Por ello sorprende mucho que Julia Uceda haya precedido este poemario de apenas una veintena de composiciones de un extenso texto en prosa, titulado «¿Somos quienes quisimos ser?», que supera la veintena en este caso de páginas. Un texto confesional, explicativo de su palabra poética extendida en el tiempo y que llega en el último recodo de su prosa al libro que el lector tiene en sus manos y da cuenta del sentido y la significación de algunos de los poemas que lo componen. Son sobre todo reflexiones literarias y más que memorias de una vida son memoria de una literatura, de una poesía. Da cuenta entonces del sentido de sus figuraciones poéticas y de cómo entre cada espacio, en el libro, hay un hueco de silencio o un hueco de tiempo, de manera más o menos explícita, sin que le sea posible explicar la razón de cada uno de los poemas, como si estuvieran escritos por una mano que no es la suya. Interesantes reflexiones y muy enjundiosas para explicar una poesía nada fácil de explicar, porque como quería Salinas la poesía se explica por sí sola y si no se explica no es poesía.

El ser, el estar, la esencia misma de la criatura poética y su palabra, sobre todo su voz poética, inquietan a la escritora que se esfuerza, y lo consigue, por mostrar las perplejidades de la existencia, reflejada en el agua que es la vida misma con su fluir y con su poder para revitalizar. Y la mano, el idioma perdido, la lengua olvidada, persiguen la revelación del secreto y la superación del silencio porque son sus secretos los que muestran su interior y son su único hogar. Julia Uceda trasciende de la pura realidad fijada en el tiempo para traspasar del pasado más o menos remoto al presente y al futuro esperando la propia conciencia y la propia realidad del tiempo. No es extraño que Nietzsche, con Albert Camus y con Munch, comparezca en el poema más superador del tiempo de todo el libro, un

poema, titulado «El Álbum», que muestra coincidencias históricas inquietantes, que la autora no puede explicar y menos aún en relación con el tiempo, tal como clarifica Julia Uceda en el texto preliminar:

En cuanto al tiempo, o el vacío, ni uno ni otro son una realidad tal como la entendemos. Pasado, presente y futuro son términos convencionales que señalan una situaciones funcionales pero al tiempo, al que también se le puede llamar vacío aunque nada esté vacío, preferiría llamarlo *tiempo profundo* o *vacío profundo*, porque representa algo inenunciable todavía.

“Si se tala un árbol / qué sienten sus raíces / perplejas / abandonadas a lo oscuro”, se dice un poema aforístico evidenciando que la poesía descubre realidades profundas que se sitúan en espacios alejados del silencio. Y es la palabra la que revela, cuando está debidamente combinada con otra palabra, y con otra, que la poesía puede ser revelación que evidencie comunicación y conocimiento. Los signos formalizan realidades y revelan sentido y armonía cuando combinados sabiamente crean la poesía.

Continúa en 2013 su trayectoria Fulgencio Martínez (Murcia, 1960), que publica en Huerga y Fierro, en Madrid, su décimo libro de poesía titulado *El año de la lentitud*. Se trata desde luego de un nuevo encuentro con el poeta ingenioso y fértil pensador capaz de conjuntar los más enraizados sentimientos éticos y sociales con la reflexión de la mejor literatura que ha legado la historia y cuyas palabras asume como pilares de su pensamiento poético y estético: desde Fernando Pessoa a César Vallejo, desde Antonio Machado a Jules Laforgue, André Gide o al mismísimo Arthur Schopenhauer.

En la línea de su poesía anterior, con la que este libro está íntimamente cohesionado, Fulgencio reflexiona sobre el mundo y sobre la vida desde la atalaya de una madurez comprometida con los demás y consigo mismo: “La vida es una continua prueba de sabor. Tal vez llegue, algún día, a saber a ti mismo”, se dice en un prefacio que ilumina el libro y lo sitúa en ese espacio del pensamiento que caracteriza la literatura de Fulgencio Martínez, entre la rebeldía y la sátira, entre la ironía y la compasión, hasta llegar a darse con su poemas contra la realidad, porque su palabra poética nunca despega de la realidad que la justifica y la confirma como una palabra destinada a descubrir un mundo ajeno y propio.

Poseen estos poemas de Fulgencio Martínez la tensión del tiempo, distendida a lo largo de ese año de la lentitud, con su invierno, con su otoño y con su verano, entre fiestas de pueblo y ritmos de lírica de tipo tradicional, desde esa primavera de muerte hasta la reflexión sobre la propia palabra, sobre la poesía como oficio peligroso, pero oficio en fin para hacer amigos. Son numerosos los poemas de este libro que manifiestan sin recato esa pasión del tiempo, que bien está expresada en

la memoria de otros días y otros espacios (la obertura lisboeta del libro es espacio de recreo emotivo y entrañable) bien en el refugio constante en la lectura de los imborrables, de los de siempre: el buen Miguel de Cervantes enfrentado al poder económico, el inolvidable Francisco de Aldana (“aquel vivo morir tan claro y cierto”) y las presentes sucesiones de difunto del maestro Quevedo, que encabezan la reflexión más honda de todo el libro, porque es la reflexión del tiempo y de la muerte.

Y así, junto a la meditación del padre invierno compartirán palabra poética en este libro la misteriosa magia de una noche de San Juan con la larga sombra de un miércoles de ceniza, en la que por primera vez el poeta se siente vivo. Una frase de André Gide, recogida por el poeta al frente de una de las composiciones del libro, definirá bien al autor de *El año de la lentitud* y acaso rebelará también el sentido de este libro: “quien se siente observado, se observa”.

Y es muy cierto que, en consonancia con otras entregas poéticas de Fulgencio Martínez, nuestro autor observa el mundo y se observa a sí mismo, porque sigue en él vigente el principio del filósofo clásico, “nosce te ipsum”, conócete a ti mismo para conocer a los demás. Porque esta poesía es, además de ironía y sátira, indagación del mundo y plasmación de su múltiple y poliédrica realidad en una palabra poética que quiere ser testimonio de un tiempo y de una verdad. Por eso no es extraño que el libro contenga un dilatado espacio metapoético, en el que el autor investiga nada menos que para qué se escribe, o, dicho de otro modo, para qué sirve la poesía o qué es la poesía. Pero no es cuestión simplemente de teorizar por el gusto de establecer una definición: es la necesidad de otorgar a la palabra poética la categoría de llegar a ser testigo de esa verdad a que antes nos referíamos. Un poema, en el que el recuerdo de Miguel Hernández, y las menciones realistas de su *Viento del pueblo* nos devuelven a un tiempo determinado de España, podría ser ejemplo de este nuevo sentido de la poesía que Fulgencio desarrolla entre la sátira y la ironía, como señalábamos al principio.

No hay duda de que la poesía de Fulgencio, en cada nueva entrega, aguarda sorpresas y procesos de innovación, que, sin embargo, están confirmando la fortaleza de un mundo poético firme y cohesionado en una dilatada trayectoria de poeta militante, de obrero de la palabra, que lucha porque la suya, su palabra poética, sea cada día tan innovadora como comprometida con su análisis singular del mundo y de la vida.

Clara Janés (Barcelona, 1940), ofrece en *Orbes del sueño*, que ha publicado Vaso Roto en Madrid, un poemario singular, diferente, pero acorde con su trayectoria de poeta intimista y profunda, fundamentada en una severa reflexión intelectual sobre la razón, la conciencia, la memoria y la inteligencia. Un texto en prosa, titulado «Leyenda», que se sitúa como preámbulo del libro, introduce al lector en un contexto de recreación poética de conceptos asociados a la propia realidad del

ser y fundamentados en un exigente representación filosófica: Einstein, Bergson, Anaxágoras, Santayana, Poe, Aristóteles, Poincaré, Parménides o Heráclito, acuden con su palabra y su pensamiento a arropar unas reflexiones poéticas de una solvencia incisiva indiscutible.

Organizado el volumen en nueve estancias, precedidas cada una de ellas de una imagen de la nieve con una leyenda poemática superpuesta, escrita por la autora, el lector penetra de la mano de un pensador acreditado en los espacios de la reflexión profunda que se ofrece como homenaje a Sor Juan Inés de la Cruz y a Octavio Paz, que la estudió, tal como se indica en la nota final. El *Primero sueño* de la monja y poeta mexicana revierte sobre estos *Orbes del sueño* para mostrar una intensidad poética prominente a que nos tiene ya felizmente habituados Clara Janés. Al evocar, en un espléndido poema, a Sor Juana glosando versos del *Primer sueño*, recuperamos el verbo sugestivo de la poetisa americana que se funde con palabras de la escritora contemporánea: “*negro laurel de sombras/ tirana usurpadora/ del empeño del día/ tu mejor claridad/ delimita/ materia oscura/ desconocimiento/ que está en la mía/ limitada/ como el saber de lo ignoto/ en las células calladas*”.

Las iniciales imágenes de una nevada y su reflexión en los poemas que componen el libro es metáfora de la propia existencia y de sus conflictos de intelección o de explicación aceptable. El color blanco unifica significados y revela misterio, y, como en *Primero sueño* de Sor Juana, el libro se extiende como un poema continuo puesto que hermana poesía y pensamiento con expresividad tan compleja como sutil para demostrar que el ser humano, el hombre y la mujer, poseen el intelecto, que es la chispa a la que se alude en las palabras prologales y que aviva el cerebro para con su fuego realizar la comprensión y cifrar con ella la esencia de la materia. La centella de Sor Juana Inés es en Clara Janés la chispa que desata los destellos que hacen posible la intelección de la realidad. Como en Sor Juana, la noche es una aliada ya que durante su transcurso se producirá la revelación del sueño del alma. El sueño no impide la conciencia intelectual sino que la impulsa y fomenta.

Clara Janés logra así la revelación del misterio del ser humano, desde la vida a la muerte, desde la conciencia al sueño. Y, con el único instrumento que es su palabra poética, Clara se decide a comprender el mundo y comprender el papel del ser humano en ese mundo, en el cosmos, en el universo, incluso más allá de lo conocido. Se interroga la autora sobre su destino y su papel en ese espacio sideral infinito, en el que todo se corresponde y relaciona: la noche, las estrellas, las esferas, los números, la materia, el sueño, lo blanco y lo negro, la memoria, el pensamiento, la mirada, el movimiento, el tiempo, el cero absoluto, la muerte... Recorremos con estos poemas de Clara la profundidad de la propia existencia, la conciencia del ser vivo y su destino más allá de lo conocido, más allá del inexorable final...

Con un estilo brillante y muy personal, lacónico porque lo exige la materia tratada, con un verso que es expresión de un ansioso balbuceo, revelador tanto de inseguridad como de pasión por el conocimiento, formaliza la autora un estilo y un vocabulario únicos en la poesía española del presente siglo. Avanza el lector de su mano hacia universos ignotos que hay que descubrir y conocer, porque ese es el destino del ser humano, perseguir el conocimiento y la verdad. Aunque, como se concluye en las palabras en prosa del inicio, quedan las preguntas:

Y la inteligencia ¿está vinculada al azar o solo a la materia? ¿Es también su actividad un flujo de energía? ¿Posee un ritmo? ¿Es a través de su ritmo como se reconoce y organiza lo percibido por los sentidos, o interviene ella misma en la percepción? Ella la ordena en espacio y tiempo y, con la memoria, puede ver más allá, puede ver que el efecto es causa de la causa... ¿Y la causa? ¿Y la vida?

Alberto Chessa (Murcia, 1976) acaba de publicar en Madrid, (Huerga & Fierro) su último poemario titulado *En la radiografía apareció la piel*, que continúa la compleja trayectoria de su poesía ya revelada en su primer libro, *La osamenta*, que obtuvo un accésit al premio Adonais en 2010, donde ya establecía un estilo propio, con un idioma personal, su propio vocabulario nutrido de cierto irracionalismo combinado con una especial delectación en la acumulación verbal expresiva de un aire barroco contenido, pero muy perceptible.

El título del nuevo libro evoca la conocida frase de Paul Valéry en *L'Idée fixe*: «Lo más profundo es la piel», esa piel que sorprendentemente aparece en la radiografía, como si realmente la piel se convirtiera en la imposible cobertura del interior que desvela una radiografía metafórica, constitutiva de la capacidad analizadora e identificadora de este poemario indagador de interiores, escrutador de profundidades abismales del propio ser. Una larga cita de la novela de Thomas Mann *La montaña mágica (Der Zauberberg)* figura en el centro del poemario como enlace de los dos extensos poemas que lo constituyen. En ella el célebre novelista alemán dilucida sobre la utilidad de la piel en el ser humano como defensa, como estímulo, como una especie de cerebro externo aunque, para él, “la función protectora y defensiva de la piel no se reduzca solo a cuestiones físicas”.

Sorprende en un primer momento la estructura y las formas poéticas de este libro singular, ya que el volumen está compuesto de un preludio, en realidad un magnífico soneto endecasílabo, y tan solo dos poemas muy extensos, cerrados por una coda, poema conclusivo, también soneto pero en alejandrinos. El soneto inicial plantea la identidad del poeta y su afán de comprensión de un mundo en crisis envuelto en la máscara que oculta su auténtica significación, inalcanzable desde un planteamiento racional sin preguntas ni respuestas.

El primer poema, titulado «Manuscrito del Mar Menor», está formado por una serie de veintitrés estancias cerradas cada una de ellas por las notas de la *Danza del Diablo Verde*, una pieza breve para violonchelo y piano del compositor catalán Gaspar Cassadó, de manera que su constante reaparición y su insistencia formula un nivel de ansiedad que resuelve bien todo este extenso poema entre autobiográfico y confesional, representativo de la propia identidad del poeta situado en un marco natural espléndido y excepcional y por ello acogedor, pero también, en ocasiones, sobrecogedor, paraíso perdido en definitiva.

El segundo poema, titulado «El pescador», se formaliza en una excepcional y extensa serie de más doscientos alejandrinos y se convierte en un fiel reflejo del fluir de la conciencia del poeta que vierte, en esta insaciable sucesión de versos, imágenes, construcciones psicológicas, fragmentos de existencia, monólogo interior, análisis de realidades circundantes, inmersión en las galerías del alma en busca de una comprensión del mismo mundo crítico que aparecía en las restantes partes del poemario. Asombra la propia estructura de esta extensa secuencia de alejandrinos en forma de cántico reiterado, intermitente, interrumpido por bruscas pausas que hace al lector saltar de un argumento a otro para mostrar las contradicciones de una vida, las sorpresas de una existencia enfrentada a la realidad de la vida mientras comparecen registros idiomáticos diversos, estructuras expresivas encontradas entre la prosa y la poesía, entre el mito y la más mezquina realidad, entre las referencias estimulantes de alto aliento espiritual y las sórdidas verdades de una situación adversa.

Y, por último, la coda en forma de soneto alejandrino supone la confirmación por parte del autor de su fe en la palabra poética, en ese mismo lenguaje singular que hemos definido antes como idioma propio, porque ese lenguaje es que le libera frente al mundo adverso hallado bajo la piel que no puede ocultar la radiografía profunda que constituye todo el poemario.

Hay que insistir en destacar la calidad y la vigencia del sistema expresivo de esta poesía de Alberto Chessa y de su palabra poética tan singular y tan agresiva, emprendedora de aventuras léxicas que superan la mera estructura metafórica para indagar en un más profundo empleo de un lenguaje capaz de expresar un mundo poético de evidente complejidad, ya establecido en su poemario anterior, *La osamenta*, pero ahora renovado con insólitas iniciativas idiomáticas, indispensables sin duda para establecer un universo poético tan ambicioso como el que este libro contiene. La acumulación verbal, el gusto por la paradoja, la intertextualidad expresiva, el paladeo de los nombres, comunes y propios, las estructuras formales sorprendentes e inéditas, confirman la originalidad de este poemario tan innovador.

Un nuevo libro continúa en 2013 la espléndida trayectoria poética de María Teresa Cervantes (Cartagena, 1931) titulado *Los rostros del silencio*, que ha

publicado Diego Marín Librero Editor. No puede sorprender el enigmático título si advertimos que todo el libro está dedicado a la escultura de Antonio Campillo y a sus no menos enigmáticas creaciones artísticas. En esto se integra María Teresa Cervantes en una dilatada tradición de la mejor poesía europea y española de los dos últimos siglos, desde que los poetas parnasianos franceses descubrieron en las representaciones artísticas (pintura, escultura, arquitectura...) emociones dignas de ser evocadas y nuevamente creadas por medio de la palabra, por medio de la poesía. Cuenta este libro con un sabio prólogo, en forma de «Carta a María Teresa Cervantes», del poeta y también artista plástico José Luis Martínez Valero, quien asegura en sus palabras iniciales que “un poema no cuenta, alumbrando, ofrece una versión que permanecía latente, por tanto desnuda, penetra en el fondo. Perfora ese azul oscuro para llegar no sabemos dónde”.

Y ese es el prodigio de este libro exclusivamente dedicado a evocar con la palabra emociones producidas por unas formas escultóricas que revelan luz, calor y voluptuosidad mediterránea y huertana, que son capaces de transmitir misticismo al mismo tiempo que sensualidad, recreadas ambas a lo largo de una trayectoria tan valorada hoy del artista y escultor singular. La magia conseguida con el trabajo del cincel laborioso, que ha alumbrado no solo formas, no solo figuras, sino también el halo de una emoción que María Teresa persiste en rescatar a modo de homenaje en sus poemas, que son meditaciones y que son efusiones ante un obra creada que le atrapa y le convence. El lector, naturalmente, sigue estas estampas poéticas y trata de imaginar las formas creadas por el escultor porque percibe en las líneas de cada poema la tensión creadora de un artista tan expresivo como sublime.

Son dos las secciones o capítulos que forman este volumen. La primera se titula «Un camino repleto de emociones», y reúne veintiocho poemas que recorren la obra de Antonio Campillo en íntimo peregrinaje; la segunda se titula «Un mundo de quimeras», y agrupa veintisiete composiciones que quieren interpretar la intrahistoria de algunas de las esculturas e indaga el significado profundo de formas, volúmenes y gestos. En todo caso, en una y otra sección los versos de María Teresa Cervantes están escritos para traspasar las corrientes espirituales un tanto misteriosas que desprenden las obras de Campillo, incluso buscando en su génesis significados y explicaciones. Por eso no es extraño que muchos poemas aludan a los carbones en los dibujos previos y otras revelen el origen de barro de las creaciones plásticas del escultor.

Llama la atención, en estas interpretaciones cordiales, la relación del poeta con su medio natural, la huerta, con sus naranjos y limoneros, con sus aromas y su luz radiante y clara. Parece como si María Teresa quisiera encontrar, en los recuerdos indelebles de encuentros con el escultor, aquello que permanece sobre la obra e incluso sobre la propia figura y personalidad de Campillo, una vez que

su nombre ha pasado de la vida a la historia. Por eso son muy entrañables aquellos poemas que lo evocan trabajando en la paz de su aldea y transmitiendo esa paz del agua y del barro a sus propias esculturas como si quisiese captar en la arcilla la luz de la huerta y las brisas otoñales que la fecundan, en las que el escultor permanece en su espíritu cuando ya no está en el mundo de los vivos.

Fueron cuatro décadas de encuentros y de amistad las que forjan estas formas poéticas, y María Teresa evoca, más allá de la relación personal, la verdad de las figuraciones escultóricas de Campillo, su historia verídica que fue marcando un sendero y que se convirtió en la puerta abierta a lo sencillamente humano. Y son los rostros de las bellas mujeres representadas, con sus formas tan originales, esos rostros del silencio a que lude el título del poemario, los que mantienen el calor del ser vivo que con seguridad destilan y respiran las esculturas de Campillo.

La palabra poética de María Teresa Cervantes, entre la emoción y el asombro, ha logrado revelar con este libro el enigmático misterio de las obras de Antonio Campillo, y, más allá del homenaje entrañable que este libro supone sin duda, ha conseguido transferir toda la lección de singular misticismo y de enigmática sensualidad que la obra de Antonio Campillo lega a las generaciones futuras.

José Corredor-Matheos (Alcázar de San Juan, 1929) publica también en 2013 *Sin ruido*, en Barcelona, en la afamada colección Marginales de Tusquets. Culmina este libro una trayectoria impecable de un poeta consagrado hace ya muchos años, una de las voces más prestigiosas de los poetas de los cincuenta, que ahora ofrece un poemario sintético, enjuto, delicadamente adelgazado en unas composiciones leves pero muy intensas y profundas. Su palabra poética se hace indagadora de realidades para fijar en las breves estancias de sus poemas elementos de la vida y del entorno que merece la pena retener. Por eso el poeta utiliza la segunda persona para recomendar a su yo lírico que precise, retenga y admire realidades que se hacen trascendentes.

El título del poemario es sugerente y expresivo: *Sin ruido*, porque sin ruido es el silencio, ya que, como se afirma en el primer poema, que es una especie de programa de lo que en el libro hallará el lector, “estos versos que brotan / del silencio / recogen sensaciones / del instante / y otras que creías / olvidadas”. En silencio se acentúa la capacidad y la agudeza de la mirada, y en silencio se incita al conocimiento, que es el objetivo de este poemario: entender, comprender y conocer el mundo.

Organiza el poeta su libro en siete secciones formadas cada una de ellas por siete u ocho poemas (la última contiene nueve), aunque hay dos que contienen solo cinco, y cerradas con un poema en prosa, muy breve como son todas las composiciones del libro. Y es posible entender esta compartimentación de poemas, ya que el poema en prosa que las cierra, escrito en cursiva, muestra inquietantes

referencias al mundo contemporáneo de hoy, aunque esta inmersión en la realidad no es una concesión a la realidad real sino a la realidad poética. Aldabonazos simbólicos que quieren desvelar la inestabilidad de nuestro mundo. Tal actitud culmina en el último de estos poemas en prosa, que recrea la vida confiada de los habitantes de Pompeya sorprendidos por la catástrofe, algo que puede ocurrir ahora mismo, porque este mundo nuestro se tambalea.

Si nos vamos deteniendo en cada uno de los siete conjuntos de poemas podemos hallar, descubrir o advertir algunas inquietudes que acaso configuran cada conjunto: silencio y desolación, las cosas que nos rodean y envuelven, la naturaleza (pájaro, girasol, flores, viento, nubes), el mar y la luz, un tren, un viaje y una ciudad, el amor filial y la amistad, la poesía misma y la música... Todos ellos representan percepciones de la realidad que van sublimando existencia y vida, que es en definitiva el fundamento central que justifica el poemario. Realidades que solo el poema puede referir, como se indica al final del libro, en reflexiones sobre la palabra poética que afirman su valor y sentido: “si el poema se oculta / en el poema, / ¿no será que quiere / huir de ti?”. Porque la poesía es plenitud, una vez que se ha logrado el milagro: “Plenitud, / la del ser / en el filo del viento”.

No está ausente de estas figuraciones poéticas la sensación de finitud y de despedida, con la imagen de la muerte como inexorable ley que no ha de evitarse, como aconsejaba el poeta medieval. Y mientras la vida sea vida, existe la tan ansiada plenitud: “todo será ceniza. / Ceniza. / Pero ahora, / qué plenitud. / Todo, en vuelo. / Y tú, / sabiéndote ceniza, / pero ardiendo”.

Interesa hacer una referencia al singular estilo y a los medios expresivos que despliega Corredor-Matheos en este *Sin ruido*, que impresiona por su desnudez y levedad, por su mantenida y cohesionada depuración ya que su lenguaje busca y genera conocimiento, y el verso se adelgaza y se despoja de todo artificio para enunciar lo fundamental de esa plenitud anhelada. Y a esta más que sencillez naturalidad contribuyen sin duda los objetos evocados, los paisajes, las luces y las sensaciones que revelan ante todo cotidianidad, vida, tiempo y reflexión sobre su transcurrir y su perecer... Y la laboriosidad para conseguir este estilo despojado y desnudo aparece reflejada en algunas de las composiciones metapoéticas que cierran el libro cuando descubrimos al poeta tratando de retener en su poema y con su palabra poética algo que le cuesta conseguir: “¿Qué te estará / diciendo / este poema / que sigues / escribiendo / atento / a lo que dice?”. Porque en definitiva, lo que el poeta pretende en este libro titulado *Sin ruido* es “arrancar / unos versos / al silencio”.

José Luis Martínez Valero (Águilas, 1941) publicó a final de año en Málaga, en la prestigiosa colección de poesía El Bardo (Los Libros de la Frontera), su último libro de poemas, con el simbólico título de *La isla*. Culmina así su autor una escogida trayectoria de poeta selecto e intimista, que ahora logra un libro muy

cohesionado, organizado en torno a ese concepto simbólico sugerido en el título: la isla, que aparece y reaparece en muchas de las composiciones del volumen y que pone de relieve la capacidad del poeta para seducir con su palabra, al crear un espacio mítico al que acudir una y otra vez, de manera que el lector se ve atrapado por la serenidad pero también por el enigma que representa ese escenario natural abierto a los vientos y situado en medio del océano.

Desde el primer poema, Martínez Valero se sitúa en tal espacio o accidente geográfico, en esa isla que deviene en soledad y en sueño, que se rodea de un mar que tanto separa como une, mientras románticos sueños pueblan espacios de imaginación poética: la isla carente de ríos y expuesta al sol, como esponja gigante y reseca, la isla poblada de ruinas arqueológicas, la isla que retiene otros tiempos en la memoria, la isla que denuncia fanatismos comunes, la isla que incrementa soledad.

Una isla en definitiva desértica y sin Robinson, en la que habitantes solitarios dialogan con el poeta, en la que existen arcanos y preguntas sin respuesta, misterio que da el mar que la rodea, presagios que trae el viento que la azota. Isla simbólica para reflexionar sobre existencia, sobre los recuerdos y la memoria. Isla simbólica sorprendida en un fin de año, fecha del tiempo, para sugerir que, a pesar del transcurrir de los días, hay que seguir siendo el mismo, los mismos, esos amigos que aparecen una y otra vez en el poemario.

Porque la inmersión el poeta en ese mundo rodeado de paisaje y naturaleza, mar y viento, es el mundo evocado de la memoria, de la reflexión del tiempo y de la edad, la edad propia y las edades vividas, desde la infancia a la serena madurez, una historia personal extendida en el tiempo que aflora con sus impulsos espontáneos, alteradores a veces de la serenidad de un presente pleno y lúcido. Porque no todo es optimismo vitalista, aunque este sea el sentimiento que predomine en las estancias de este libro. También hay censura y denuncia, sonrojo ante la pobreza y las injusticias de un mundo inseguro, aunque aquí no haya asesinos en masa... porque la envidia silenciosa del vecino descubre, en algunos poemas, perfiles de vergüenza que empañan una civilización castigada... Quizá por ello el poeta se refugia en la naturaleza y en el paisaje, en el mar y en los vientos, más limpios, más dignos y más nobles que las oscuras luces de nuestro proceloso mundo contemporáneo.

Poeta al fin, filólogo avezado, Martínez Valero repara en los medios que tiene para crear su mundo poético, y el primero es la propia poesía, sobre la que reflexiona y por la que apuesta como medio de comunicación y de reflexión, aunque se retraiga ante el acto de escribir, ya que escribir es desnudar intimidades y descubrir el propio corazón inerme entonces ante ataques indiscriminados. Y no es menor el valor de la palabra, que tiene su vida propia y su muerte en los diccionarios, como aquella ignota que protagoniza el poema que cierra el libro y que refleja la

inconsistencia de nuestro confiado vivir cotidiano, o esa otra que no existe para designar al mal, ese mal que permanece y empaña luces, aires, montañas e isla.

Sin duda los impulsos vitales de este libro de Martínez Valero recalcan en otros muchos más perfiles de una existencia enriquecida por la imaginación poética de un escritor potente, dueño de un estilo y de un vocabulario propios, extraídos de un ámbito expresivo elegante y escogido, que se acompasa en un verso libre muy bien acordado y mantenido con una gran cohesión a lo largo de todo el libro. Con él va forjando trabadas unidades que construyen y estructuran un mundo poético sólido y convincente. La naturalidad expresiva de los recursos estilísticos empleados no retrae en ningún caso la profundidad y el compromiso vital que todos estos poemas destilan, desde los espacios del optimismo y de la efusión vital a las sombrías estancias de los motivos más adversos y censurables. Una poesía, en definitiva, de una gran originalidad y comprometida con la vida y con nuestro tiempo.

Olalla Castro Hernández (Granada, 1979), obtuvo el Premio Nacional de Poesía Fundación Cultural Miguel Hernández 2013, por su libro *La vida en los ramajes*, que editó Devenir, en su colección de Poesía. Se trata de un interesante poemario en el que la mujer es la máxima protagonista, ya que a través de sus inflamados poemas se recuperan escenas y vidas de un mundo tradicionalmente marginado y preterido, en el que la reivindicación del más débil se convierte en símbolo de una lucha psicológica que la historia nos ha transmitido con disímiles resultados. Por eso la autora se compromete en rescatar y restaurar a la mujer-sujeto, a la mujer-fortaleza, como se evoca en uno de los primeros poemas, en su desigual batalla, hay que reconocerlo, por reconquistar espacios en los que siempre fue ninguneada o secundada. Pero no es un libro panfletario y visceralmente reivindicativo, sino que nos hallamos ante una colección de poemas en los que a través de cinco secciones complementarias se recuperan mundos marginados, sufridores seculares de explotación (de clases, de género, de raza) y que fueron rechazados por la sociedad, entre ellos el de la propia mujer.

Se titula la primera de estas partes, como todo el libro, «La vida en los ramajes», que ofrece y manifiesta la denuncia de aquellas actitudes opresivas solo combatibles desde la libertad, y reivindica una actitud vital que supera las actitudes conformistas convencionales, en una lucha revolucionaria contra lo establecido, en la que la disidencia y la desobediencia civil marcan la rectitud y severidad de las propuestas.

Es infinitamente más brillante la segunda parte del libro, titulada «Las otras invisibles», en la que recupera personajes femeninos de la historia literaria y de la ficción para mostrar su papel de heroínas de un tiempo y de un espacio desposeyéndolas, en singular rescate, de la configuración que recibieron en el canon literario. Así Emily Dickinson (la mártir poeta norteamericana), la sufrida Penélope

(no tan víctima como la transmitió Homero), Virginia Woolf, Carmen de Burgos Colombine o la señorita Jo de *Murjecitas*, reciben nueva interpretación en una serie de monólogos dramáticos de bien lograda factura.

La tercera la parte del poemario se titula «Negritudes» y ahí penetra la autora, y el lector con ella, en el complejo mundo marginado de los negros de América, los afroamericanos, desde la denigrante época de la esclavitud a las luchas por los derechos civiles de la segunda mitad del siglo XX, sin dejar de hacer sonar en el poemario la reivindicativa y heroica música del jazz. Nuevamente el monólogo dramático nos hará escuchar a Louis Armstrong y a la luchadora por los derechos civiles Rosa Park, mientras una niña, pecosa y pelirroja, a los pies de un viejo roble, contempla en su hacienda del Sur a unos negros ahorcados, pendiendo del árbol milenario. Miguel Hernández, cuyo premio obtuvo la autora, glosaba en una de sus octavas de *Perito en lunas*, la quizá más enigmática, a unos negros ahorcados por violación. Todo, en definitiva, es el símbolo de una explotación secular en la que negros y mujeres comparten la opresión infligida por el poder del más fuerte.

La cuarta parte titulada «Los modos del deseo o la Mujer-Sujeto» es muy diferente del resto del libro, aunque consustancial con todos los poemas que lo componen, porque evoca, en eróticas y descarnadas representaciones, el protagonismo que corresponde a la mujer en la relación amorosa, de manera que de mujer objeto se convierte en mujer sujeto activo, apasionada y decisiva en el placer y en el gozo.

Cierra el volumen la quinta parte con el título de «Autobiografías apócrifas», con unas composiciones en las que comparece la autora como yo lírico autobiográfico, redefiniéndose en el tiempo y en su transcurrir y recorriendo los gozos y las sombras de una existencia, si no apócrifa, al menos basada en una realidad poética no lejana de la realidad real posiblemente. Poemas estos últimos singularmente dramáticos y directos, evocadores de autenticidad y de existencia veraz.

Es el colofón ideal para un libro que quiere ser reivindicativo pero afortunadamente es esencialmente poético y sus reflexiones superan la lucha directa y el compromiso radical para ofrecer reflexión sobre verdades que importan no solo a la autora sino a cualquiera de sus lectores, sea hombre o mujer. Al fin y al cabo, y esto puede resultar pintoresco, pero en los créditos del libro puede comprobarse, el premio a este libro lo otorgó un jurado compuesto exclusivamente por hombres. Curiosidades de la vida.

Por último, Virginia Cantó (Murcia, 1985) publica en Madrid, Huerga y Fierro, su tercer libro de poemas, tras *Fe de erratas* y *Poemas para zurdos*. En aquellos volúmenes mostró Virginia cualidades expresivas que llamaron la atención por su originalidad conseguida por su capacidad para trascender de las situaciones vitales cotidianas hacia una sublimación estética conseguida con una vivencia

intensamente poética de la realidad circundante. Podría decirse que la variedad temática enriquecía aquellos primeros libros con multitud de propuestas.

Sin embargo, Virginia Cantó ha evolucionado, para mejor, hacia una mayor concreción de su mundo poético, que ha logrado afianzar en una mayor consistencia de objetivos temáticos. Porque este libro, con título tan fascinante como *Pasaporte renombrado*, sorprende por su cohesión temática y por su consistencia expresiva. Con un verso libre muy ben moldeado y dominado, y, más aún, con una tendencia muy eficaz al manejo de sugerentes e insólitas imágenes, el libro se concentra en la vivencia del amor a través de toda una múltiple y variada serie de situaciones. Es como si el poema conjunto que constituye todo el libro consiguiese la revitalización inagotable de momentos vividos en el amor con intensidad constante y poderosa, enriquecida la figuración erótica por la diversidad de propuestas, pero unificada por una misma intención globalizadora de la representación del amor, vivido con intensidad.

No son los detalles más eróticos, ni las constantes referencias a la carnalidad de situaciones amorosas evocadas, las que impiden sentir en estas evocaciones la autenticidad de vivencias que van desde el gozo más extremo a la nostalgia de experiencias vividas, lejanas en el tiempo, que conllevan también la lección de una pasión recreada con intensidad en todos los casos, desde la propia adolescencia a esta primera madurez, en la que junto a la pasión puede adivinarse también el desengaño e incluso una cierta desolación ante distancias que se convierten en inevitables. Como en los poemarios anteriores, los escenarios también forman parte de la vivencia del deseo y del placer, interiores o exteriores, desde el más habitual para la realización del amor a las ciudades con sus lecciones de modernidad, en cuyas esquinas el amor se revive y renace.

Dividido el libro en cuatro partes, la primera de ellas, «Poética en ti: mi ciudad», evoca interiores que pertenecen a la propia historia particular de la representación amorosa y que culminan en un espléndido poema final que cierra la sección titulado «La casa vacía», en el que el signo de la desolación cierra unas estancias en la que hubo gozo pero también reproches y desamor. Acaso la segunda parte, «El álbum de fotos del verano», presidida por esos espacios exteriores despliega una existencia en la que las exigencias vitales se han multiplicado por las sugerencias de escenarios muchas veces remotos, pero todos ellos vinculados al vivir que este libro evoca una y otra vez con sus contrastes, desde una sugestivo amanecer de Madrid hasta las torres crecientes de Chicago.

Diez magníficos poemas en prosa constituyen la tercera sección del libro, titulada «Poemas de frontera», en los que Virginia despliega sensualidad y confirma el vitalismo de las representaciones poéticas consustanciales a todo el libro, aunque ahora el sereno transcurrir de estas joyas prosísticas reafirman las capacidades creativas de su autora que se vertebran en la captación de sensaciones múltiples.

Y, por último, la sección final, «Diapositivas veladas del invierno», está presidida por la nostalgia de los recuerdos, que, aunque indelebles, se ofrecen velados por un cierto tono de tristeza muy bien conseguido y transmitido. “A veces recuerdo el dulzor de aquellos días”, se dice en uno de los poemas, y todo el conjunto se impregna de una cierta melancolía que culmina en el poema que cierra el libro, titulado «Despedida».

Un mundo poético complejo no puede ser transmitido con veracidad si no se dispone de un lenguaje poético efectivo como lo es el conseguido por Virginia Cantó en este libro, palabra poética la suya poseída por un dominio de la imagen muy actual, muy contemporáneo, vivido con intensidad en metáforas que surgen de un permanente deseo de captar en sus estructuras simbólicas precisiones poéticas que solo un lenguaje bien construido puede lograr. Quizá el hallazgo más destacable, en el terreno de la expresión, resida en la capacidad de la autora para mostrar sensaciones imborrables, que afectan a todos los sentidos y que se expresan con imágenes muy originales, creando un estilo propio, un vocabulario personal, único e irrepetible. Y ese es acaso el mayor avance de este poemario de Virginia Cantó respecto a los anteriores.